

# COMO CAMBIA LA GUERRA



GONZALO RESTREPO JARAMILLO

"En diciembre nos llegó el primer contingente del Cuerpo de Mujeres, conocidas entonces con el nombre de Cuerpo Auxiliar de Mujeres del Ejército. Hasta mi experiencia en Londres fui opuesto al empleo de mujeres en uniforme. Pero en la Gran Bretaña las vi portarse tan magníficamente en varias posiciones, hasta en el servicio activo de baterías antiaéreas, que me convertí en su favor. En Africa muchos oficiales dudaban aún de la utilidad de mujeres uniformadas. Principalmente los oficiales antiguos estaban llenos de recelos y escepticismo. No habían observado las cambiantes necesidades de la guerra. Los sencillos Cuarteles Generales de un Grant o un Lee eran ya cosas del pasado. Un ejército de archivadores, mecanógrafos, administradores de oficina, telefonistas, choferes es ya esencial, y era poco menos que criminal reclutarlos entre los hombres aptos para el servicio —tan necesarios— cuando teníamos muchísimas mujeres altamente calificadas".

DWIGHT EISENHOWER.- Cruzada en Europa.

Empezamos este ensayo con esta cita del General Eisenhower no por lo que se refiera específicamente al bello sexo sino por su relación con un fenómeno general: los profundos cambios en la guerra.

Para el autor de estas líneas, la guerra tiene aspectos que cautivan su atención y lo movieron a dedicarle especial estudio en el de la historia universal y las evoluciones sociológicas. Moralmente considerada la guerra es un desastre que los cristianos nos explicamos solo por el pecado original. Eso de que la especie humana sea la única que se organice para la autodestrucción y aplique a la nefanda tarea las más altas capacidades de la inteligencia; que la mejor porción de cada sociedad, la juventud, se entremate sin odio, sin motivo directo, sin deseo, porque así lo ordenaron los jefes

del Estado, o los enemigos, o los revolucionarios es algo que sorprende y repugna. Pero cuando se ve que en la guerra se destacan algunas de las mejores inteligencias, que ella fue para muchísimos hombres el camino, único por cierto, que los llevó al poder donde prestaron valiosísimos servicios a la comunidad, y que de la guerra salen los mayores adelantos científicos, que ella determina cambios fecundos en la civilización y crea imperios que modela la historia durante siglos y engendran el progreso, cuando se observa que dentro de su ferocidad se producen altísimos hechos de heroísmo y de abnegación y se ponen a prueba las más nobles cualidades humanas, se puede contestar afirmativamente la duda de Rafael Núñez:

Quién sabe si el azote de la guerra

como las tempestades en sí encierra elementos de bien bajo su horror.

La guerra compendia la cultura, civilización, vicios y virtudes de cada época y de cada nación, de suerte que sus cambios excepto quizás algunos aspectos tácticos, no vienen propiamente de los estados mayores sino de la sociedad a que pertenecen. Las mujeres en uniforme, de que nos habla Eisenhower, no hubieran sido posibles en las guerras napoleónicas, porque obedecen al mismo movimiento que las llevó al sufragio, la independencia económica y los cuerpos profesionales. Las WACS de la segunda guerra mundial son contemporáneas de la señora Margarita Chase que aspira hoy a la candidatura presidencial.

Algunos cambios tácticos siguen los desarrollos técnicos. Desde que la humanidad cambió las peleas desordenadas de tribus por combates de cuerpos organizados y sometidos a disciplina, empezó a convertir la guerra en arte con reglas y procedimientos fijos. Quizás las primeras normas con que dio fueron las de que el envolvimiento o la ruptura del enemigo prácticamente aseguran la victoria. El deseo de producir el envolvimiento dominó a los primeros estrategos y culminó en el orden oblicuo del griego Epaminondas, utilizado en forma casi constante por Federico el Grande en el siglo XVIII.

No ha desaparecido aún, a pesar de la inmensa extensión de los frentes modernos, aun cuando, cambia de forma y aun de tiempo, porque en vez de ejecutarse en pocas horas como el de Cannas, se cumple en semanas y aún meses. En la segunda guerra mundial tenemos dos ejemplos de maniobra envolventes de centenares de kilómetros. La de Von Runsted sobre el suroeste de los ejércitos rusos, que antes de su fallido ataque a Moscú y Leningrado produjo a los alema-

nes más de seiscientos mil prisioneros y estuvo a punto de acabar con la capacidad guerrera de los moscovitas, y el del norte de Africa por Montgomery y Eisenhower con una pieza cuyas patas empezaron por Egipto y Argelia.

Los cambios en el principio de ruptura son más interesantes porque se relacionan con el adelanto material de los países en guerra. El caudillo militar busca instrumentos eficaces de ruptura. En la remota antigüedad, se confió en los carros falcados cuya representación pictórica aparece en muchos bajorelieves egipcios. Los elefantes de Pirro y Aníbal, la caballería pesada de la edad media, la artillería de Bonaparte, los tanques de ahora son instrumentos de ruptura, como lo fue la famosa falange macedónica, cuya eficacia subsistió hasta el momento en que la disciplina, cohesión y elasticidad de la legión romana convirtió en peligro sus ventajas.

En efecto, esa cuña que entró como un hacha en las huestes de Darío al chocar con las legiones se encontró cercada por tres partes, sin la movilidad indispensable para defenderse.

En la batalla de Adrianópolis la caballería acorazada de los godos rompió las legiones e inauguró no solo una época militar sino también social. El prestigio de los caballeros que sirvió de raíz al feudalismo nació en esa llanura donde perdió la vida el emperador Valente.

En este proceso vemos cómo corren parejas los adelantos de cada sociedad y sus sistemas guerreros. Los carros falcados, fueron la primera tentativa **mecanizada**; los tanques la última.

Pero si se estudia con cuidado el proceso del desarrollo militar, se llega a una conclusión curiosa: a pesar de lo largo de su historia los cambios substanciales, definitivos no se han

presentado sino en los últimos dos siglos, casi podríamos decir en los últimos cien años, porque es en estos donde podemos observar dos hechos trascendentales: el proceso democrático aplicado al reclutamiento y la conservación indefinida de los alimentos por procedimientos de enlatado y deshidratación .

Los ejércitos estuvieron limitados en tamaño por necesidades de subsistencia. En la ofensiva sobre otros países contaban casi exclusivamente con los recursos del enemigo. Los caballos solo podían mantenerse forrajeando en las vecindades. La posibilidad de transportar recursos desde las bases disminuía con el alargamiento de las líneas hasta desaparecer. Los ejércitos mejor organizados como el romano llevaban consigo cierto número de artesanos y talleres móviles para reparar espadas, escudos, fabricar calzados, etc., pero no podían sostenerse con recursos alimenticios enviados desde la patria. Este hecho limitó su tamaño. Por eso no hemos creído mucho en el millón de persas que según los historiadores griegos se enfrentaron a los soldados de Alejandro en Gaugamela. Tenía Darío superioridad numérica pero no tan grande. Los griegos tuvieron superioridad literaria.

El adelanto simultáneo de facilidades de transporte y de conservación de alimentos acabó con ese límite. Al mismo tiempo, el servicio militar obligatorio y universal, nacido en el fondo de la idea democrática aún en los países autocráticos, permitió aumentar de tal manera los ejércitos que estos se convirtieron en la nación armada, en cuanto llama a cuarteles a toda la juventud masculina útil, salvo la porción —ya muy grande por cierto— indispensable para mantener la industria y los servicios.

Con estos últimos cambios debidos a

adelantos técnicos y evoluciones sociales, se presenta la transformación más grande de la guerra que haya presenciado la historia. Se hizo total como no lo había sido nunca, porque no solo incluye la población toda, sino los recursos y la inteligencia totales. Antes, salvo el caso de las conmociones internas, la guerra era asunto de fronteras, o se desarrollaba a lo largo de las grandes avenidas de invasión, con pequeños ejércitos y zonas restringidas. El Azote de Dios no asoló sino una franja, relativamente estrecha, en Galia y el norte de Italia. Las naciones surgían o se hundían en pocas batallas: Gaugamela, Zama, Hastings el Guadalete, York Town, Boyacá, Ayacucho. En cambio, la segunda guerra mundial mostró la horrible realidad de la transformación bélica. El bombardeo sistemático de las zonas internas, eso que llaman bombardeo estratégico, no dejó nada inmune ni puede dejarlo, dentro de las consideraciones prácticas que rigen la acción de Belona. Más importantes que el ejército en las líneas del frente, son las fábricas que lo proveen de armas, municiones, transportes y víveres conservados. Como no pueden trabajar sin personal y técnicos, es preciso bombardear los barrios obreros y los centros de investigación, tratando de destruir al mismo tiempo las posibilidades materiales y ese valor imponderable que se llama la moral.

Estas no son teorías. La invasión de Europa por los Aliados, que habría sido suicida pocos años antes frente a playas poderosamente artilladas, se hizo posible por el previo bombardeo que destruyó caminos, puentes, ferrocarriles, depósitos, viviendas, hasta aislar las playas de Normandía con un círculo de devastación completa. Los alemanes no pudieron llevar oportunamente sus refuerzos porque la guerra total los había inmovilizado.

Durante las primeras semanas los invasores estaban en inferioridad numérica pero tenían mayor poder de fuego.

Esos cambios son más profundos que los que a primera vista aparecen y deben meditarlos conjuntamente sociólogos y militares. Tan profundamente cambió de carácter la guerra que con ella cambiaron las condiciones requeridas del general, mejor dicho, se hicieron más indispensables las de los grandes genios militares.

Antes estrategia y táctica eran relativamente sencillas. Desde París, Bonaparte estudiaba la situación de Italia y escogía los sitios donde sus golpes tendrían la mayor eficacia, con tal maestría que llegó a señalar anticipadamente el sitio casi preciso de futuras batallas. Era la estrategia. En el combate, que dominaba desde el lomo de su caballo, decidía los movimientos. Era la táctica. Su intendencia se ocupaba de los problemas de subsistencia y aprovisionamiento. Al hablar a sus soldados de "las fértiles llanuras de Italia" los halagaba con víveres, porque en esa época el ejército vivía prácticamente "sobre el país" como se observa al leer a Clausewitz.

Hoy la preparación de una campaña exige complicado estudio de logística. La guerra no es entre ejército sino entre naciones, íntegra, totalmente. La estrategia se convirtió en algo complejo que exige no solo la inteligencia del caudillo sino trabajo enorme por equipos. Las gentes que siguieron entusiasmadas por la prensa, la radio y el cine la invasión de Normandía, no supieron lo que había detrás. Del drama que terminó con la rendición de los alemanes, no vieron sino los dos últimos actos: el desembarco y la marcha por Francia, Bélgica y Alemania hasta la firma por Jodl de la entrega incondicional. Es bueno enumerar parte de lo que los estados mayo-

res de Eisenhower hubieron de estudiar antes. Una lista incompleta basta para nuestros propósitos.

El consumo diario de cada división invasora en víveres, vestuario, gasolina, jabón, cigarrillos y aún algunos efectos semisuntuarios que aliviaban las privaciones del soldado, fluctuaba entre seiscientos y ochocientos toneladas. Era preciso estudiar los vehículos, para transportarlas por mar y tierra; la capacidad de producción de las fábricas para cada ítem y los sistemas de prelación; se requerían teléfonos fijos y móviles para la ocupación y la marcha; radios, radares; repuestos de tanques y automotores, oleoductos; talleres de reparación; personal civil de administración y gobierno de zonas ocupadas; hospitales con su equipo, sus médicos, enfermeras, drogas, etc.; personal de recreo (artistas de ambos sexos recorrían continuamente los teatros de la guerra para evitar la depresión de las tropas); preparación y transporte de reservas. En fin, todo lo que estas guerras montadas por pueblos supercivilizados están exigiendo a su supercivilización, inclusive puertos artificiales.

Si se quiere una idea aproximada del cambio, basta recordar la última invasión en sentido contrario, de Francia a Inglaterra, por Guillermo el Conquistador. Unos cuantos bajeles con hombres, caballos y un puñado de víveres. Desembarco, triunfo en Hastings...y empieza una época.

¿Qué hay en el fondo?

Algo que obliga a meditar. Clausewitz, fue el primero de los escritores militares en comprender el fondo del problema cuando dijo que la guerra era la continuación de la política. Como la política moderna es popular y comprende a todo el pueblo, cualquiera que sea la forma de gobierno, hasta la despótica que inventa plebiscitos,

también la guerra comprende todo el pueblo, no solo en el sentido de someterlo al ataque sino en el de darle cierta participación en la dirección misma. A la lista de ítemes que hicimos antes debe agregarse facilidades para los corresponsales de guerra. De aquí la frase aparentemente paradójica de Clemenceau de que la guerra es asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares. Con ella no pretendía el Tigre despojar a los caudillos de su supremacía en el campo de batalla, sino afirmar la preponderancia del factor político sobre el puramente militar. Las últimas etapas de la segunda guerra mundial están dominadas por esa idea, desde que los aliados desembarcaron en el norte de Africa. El concepto puramente militar hubo de ceder al político y fue este último el que detuvo a Patton en Checoslovaquia, permitió a los rusos la toma exclusiva de Berlín, impidió la rendición de los alemanes o su mayor parte a los angloamericanos, determinó la absurda partición de Alemania, con su corredor de Berlín y creó el telón de hierro, pesadilla hoy del mundo libre. El poderío incontrastable de los Estados Unidos, usado con el criterio que tuvo Roma en sus buenos tiempos, no habría entregado los Balcanes, ni perdido definitivamente la Europa Central, ni abierto el camino de la dictadura a Tito y del pelotón de fusilamiento a Miahailovith, ni el de Formosa a los nacionalistas chinos y el del poder a los comunistas, si la visión política hubiera estado a la altura del poderío bélico. La guerra fue entonces la última manifestación de la política y como ésta estuvo fundamentalmente equivocada, fundamentalmente se malusó la fuerza de las armas. Por desgracia, la equivocación se debió a que los Aliados sometieron la guerra que es una afirmación de fuerza, a la política electoral que suele

ser un debate de debilidades y concesiones.

Entre tanto, sobre los tanques, los acorazados y los aviones, por encima de todos los sistemas de destrucción que había inventado el hombre, surgió la bomba nuclear. Con ella cambió todo, no con el cambio gradual que había acompañado antes las evoluciones militares, sino con una transformación trascendental de cataclismo cósmico, que reduce a cero los mayores talentos militares y se ríe de envolvimientos y rupturas en tierra, y del poderío naval que muchas veces modeló la historia. Con las bombas nucleares ya no hay táctica, ni estrategia, ni combinaciones. Ellas lo llevan todo al campo elemental y horrendo de la destrucción pura y simple y hacen de la sorpresa un elemento tan esencial que acaba con los últimos pudores con que la civilización recata la matanza, como la declaración de guerra. ¿Quién va a declararla si para sobrevivir es esencialmente necesario dar el primer golpe, que puede ser el único?

La estrategia se reduce a investigar previamente cuáles son los sitios enemigos donde la destrucción cause más daños, que en realidad son todos los lugares donde hay fábricas, centros de gobierno, de investigación científica, de transportes, o sea todos, absolutamente todos los centros importantes del enemigo.

Con ese sistema lo primero que desaparecerá es la noble profesión de las armas. El soldado que expone el pecho, y sufre las inclemencias del tiempo, el hambre y la fatiga nada tendrá que hacer en esa danza de demonios. Van a substituirlo los sabios que estiman con normas matemáticas y máquinas calculadoras, el efecto de cada megatón y los técnicos que desde las cqedades de los subterráneos aprietan botones, para que los cohetes emprendan su camino, una vez que un

político, convertido en jefe del estado, asuma la responsabilidad inmensa, o sufra la inconsciencia increíble, de ordenar el juicio final.

Lo peor de todo es que ese desastre moral no es lógicamente absurdo. Todo lo contrario. Es resultado natural, terminación ordenada de un proceso histórico.

El hombre abandonó los antiguos caminos que llevaban a Dios y substitu-

yó sus altares por el culto de la tecnología. Perdió el concepto del mandatario que es a la vez caudillo, pastor y padre y lo substituyó por el de delegado de las pasiones populares; quitó a la democracia su contenido moral y llegó al abismo.

Humano, demasiado humano habría dicho Nietzsche.

Lógico, demasiado lógico más bien.

---

*“A juicio del Coronel Ailleret, los dos fenómenos que caracterizan esencialmente las guerras modernas y las distinguen netamente de las anteriores, son: “La rapidez con que a consecuencia del ritmo acelerado de los procesos científicos y técnicos evoluciona el armamento, cuya variedad crece constantemente, y la frecuencia con que aparecen en los campos de batalla nuevas armas o elementos cada vez más potentes o veloces y a menudo muy diferentes de los empleados hasta entonces, provocan mutaciones de mayor o menor grado en los procedimientos de combate”.*

*“Las muy diversas formas que pueden revestir las operaciones, cada una de las cuales requiere la utilización de armas adecuadas a ella, y, según las circunstancias de lugar, y modo, de tipos distintos”. General ALFREDO KINDELAN Y DUANY en “LA GUERRA MODERNA”.*